

Juan Pivel Devoto, la forja de un destino (1926-1959)

Tomás Sansón Corbo
(UDELAR-ANII)

Introducción

Deseo comenzar esta breve exposición evocando una conversación que tuve, hace un cuarto de siglo, con la Prof. María Julia Ardao.

En esa ocasión, Ma. Julia recordó que Pivel cursó primaria en el colegio salesiano de Paysandú y que esa experiencia influyó en la formación de su carácter. Para confirmarlo argumentó que el maestro decía con frecuencia que era como los salesianos: cuando comienzan una obra "no tienen recursos, pero empiezan por poquito y van consiguiendo, van perseverando en esa línea y después aparece la obra y eso es lo que hizo en el Museo Histórico". Pivel decía: "Yo en eso soy salesiano".¹

Creo que es una imagen interesante para ilustrar el objetivo de mi comunicación. Pretendo revisar el itinerario bio-bibliográfico de Pivel, entre las décadas de 1920 y la de 1950, con el propósito de analizar sus primeros escauceos con la Historia y las estrategias que utilizó para posicionarse en el mundillo cultural de la época. Se trata, en una palabra, de conocer cómo se construyó a sí mismo siguiendo la estrategia de sus maestros salesianos: lentamente, con humildad, tenacidad y perseverancia.

Propongo realizarlo a partir del análisis de la correspondencia intercambiada por Pivel con los principales referentes historiográficos de la época. Su epistolario constituye un valioso fondo documental, custodiado en el Archivo General de la Nación (en adelante AGN).

Como mojones cronológicos pueden indicarse los años 1926 y 1959. En 1926 terminó de definir su vocación por la Historia y murió su madre, una persona importante en su formación afectiva e intelectual. En 1959 sucedieron cambios muy significativos en la historia uruguaya (gobierno del Partido Nacional, muerte de Luis Alberto de Herrera) y en la vida del personaje (asume la presidencia del SODRE).

¹ Testimonio de Ma. Julia Ardao. Entrevista con el autor. Montevideo, 19 de marzo de 1998.

En la etapa referida, el trayecto personal de Pivel coincide, en líneas generales, con la evolución de las historiografías regionales, un tiempo de búsquedas, descubrimientos y realizaciones.

La construcción de una reputación intelectual (1920-1940)

Pivel nació en Paysandú en 1910. A los nueve años, viajó con su familia a Montevideo. Continuó los estudios primarios en los Talleres de Don Bosco y en 1923 ingresó en el Instituto Alfredo Vázquez Acevedo para cursar Secundaria.

Los estudios formales no colmaron sus aspiraciones y optó por una modalidad de formación de carácter autodidacta. En base a lo que aprendió de sus profesores y a sus intereses intelectuales elaboró un plan de lecturas a partir de los materiales glosados por Bauzá en la *Reseña Preliminar* de la *Historia de la dominación española en el Uruguay*.

Entre 1928 y 1930 se vinculó, gracias a los buenos oficios de Julio Lerena Juanicó, con los referentes de la historiografía uruguaya de la época (Felipe Ferreiro, Pablo Blanco Acevedo, Mario Falcao Espalter, Gustavo Gallinal, Luis Alberto de Herrera). Su vocación y dedicación al estudio comenzaron a ser reconocidas.

En 1931 consiguió sus primeras colocaciones laborales en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay (en adelante IHGU) (Prosecretario), en el AGN (para clasificar el Fondo ex-Archivo y Museo Histórico), en la Comisión de Límites del Ministerio de Relaciones Exteriores (para publicar su *Boletín*).

Como resultado de sus tareas de indagación aparecieron algunos trabajos emblemáticos como *La imprenta del Ejército Republicano* (1930); *La Misión de Nicolás Herrera a Río de Janeiro* (1931); *La Misión de Francisco J. Muñoz a Bolivia* (1932).

En 1934 fue enviado por el IHGU a Río de Janeiro con el propósito de relevar documentación vinculada con la presencia luso-brasileña en Uruguay. La experiencia en Brasil fue muy enriquecedora en su formación como investigador. Retornó a Montevideo en diciembre de ese año. Consolidó su peso funcional en el IHGU lo que se reflejó en la designación simultánea de Secretario y Miembro de Número de la institución.

El segundo lustro de la década de 1930 fue vertiginoso. Mientras indagaba en repositorios montevideanos asumió diversas tareas docentes. En 1936 hizo su Agregatura en Historia Americana con Felipe Ferreiro y en 1937 comenzó a dictar clases en el

Instituto de Estudios Superiores, en el Liceo Francés y en la Escuela Militar. Publicó en 1937 el opúsculo *El Congreso Cisplatino (1821)*.

Estos antecedentes fueron fundamentales para ser designado director del MHN cuando el cargo quedó vacante en 1940. Culminó entonces la etapa formativa de su personalidad intelectual.

En el segundo lustro de la década de 1920 había comenzado a vincularse con los principales referentes de la cultura y la política nacional. En la década de 1930 extendió su círculo de relacionamiento con autores argentinos y brasileños.

Para el entretendido de la urdimbre relacional fueron decisivos algunos eventos como la estancia de investigación en Río de Janeiro (1934) y la participación en el II Congreso Internacional de Historia de América en Buenos Aires (1937).

Buscó el apoyo de las figuras hegemónicas del ecosistema historiográfico rioplatense. Inicialmente se desempeñó como proveedor heurístico y difusor de la producción de sus colegas. Posteriormente adicionó el rol de consultor y asesor.

Hay un documento emblemático que refleja la estrategia relacional del joven Pivel. Se trata de una misiva enviada a Alberto Palomeque en 1933. Comenta que lo conoció:

“[...] hace ya casi diez años –era yo puede decirse un niño– y cuando ya sus obras me eran familiares. Fue en el acto inaugural de la Junta de Historia y Numismática Nacional, en que Ud. pronunció una conferencia [...] a la cual asistí ávido de saber. Recuerdo que de regreso a mi casa, [...], escribí una larga nota sobre su conferencia, en mi calidad de cronista de un periódico hipotético. Guardo aun entre mis papeles ese primer ensayo mío nunca publicado”.²

Remitió con la carta un ejemplar de su última obra, *La Misión de Francisco Muñoz a Bolivia*. Planteó, además, un prospecto temático y metodológico de los asuntos que pretendía abordar en el futuro inmediato. Estaba especializándose en el “estudio de nuestra historia diplomática”.³

Procedía de manera cautelosa con sus interlocutores. Escuchaba mucho, hablaba lo necesario y solicitaba asesoramiento.

² Carta de Juan Pivel Devoto a Alberto Palomeque. Montevideo, 25 de diciembre de 1933. CAA, MHNCL. c 4039.

³ Carta de Juan Pivel Devoto a Alberto Palomeque. Montevideo, 25 de diciembre de 1933. CAA, MHNCL. c 4039.

En el primer lustro de la década de 1930, luego de la edición de cada obra, enviaba ejemplares a una densa red de contactos nacionales y regionales. Los beneficiados agradecían el obsequio y, en ocasiones, realizaban comentarios.

Es el caso, por ejemplo, de Carlos Ferrés, quien en la nota de acuse de recibo de un ejemplar de *La misión de Nicolás Herrera a Río de Janeiro*, evaluó el libro como un trabajo original y de valor para el conocimiento de la historia diplomática. Lo alentó a continuar en esa línea de investigación orientado a la elaboración de monografías⁴, en la certidumbre de que la sumatoria de tales estudios brindaría los insumos necesarios para ensayar obras de síntesis. En sintonía con lo expuesto por Ferrés se expresó Daniel Martínez Vigil en 1933, en el acuse de recibo de cuatro textos enviados por Pivel.

El joven investigador fungió, en esos primeros tiempos, como proveedor heurístico (libros, copias de documentos) de Ariosto González, Felipe Ferreiro, Julio Lerena Juanicó, Pablo Blanco Acevedo, entre otros. A su vez, recurría a ellos para solicitar avales y recomendaciones.

Durante los meses que permaneció en Río se preocupó por estar al tanto de los acontecimientos montevidianos, tanto políticos como historiográficos. La correspondencia intercambiada, en particular con Juan Enrique Kenny, revela algunos aspectos de su periplo vivencial e intelectual.

Uno de los contactos más significativos fue con Pablo Blanco Acevedo. La correspondencia era frecuente. Le informaba sobre las tareas realizadas y le comentaba novedades bibliográficas, heurísticas e incluso iconográficas.⁵ La misión de Pivel representó para Blanco –y para otros intelectuales coetáneos– la oportunidad de tender una "cabecera de puente" en un medio en el cual carecían de interlocutores.

Buenaventura Caviglia fue otro de los promotores de Pivel. En la correspondencia cursada entre ambos puede apreciarse el funcionamiento de las jerarquías intelectuales. Caviglia gozaba de una posición económica holgada que le permitía, entre otras cosas, disponer de una de las mejores bibliotecas americanistas del Río de la Plata. En las cartas de 1934 se nota un tono imperativo. Caviglia deja en evidencia su peso funcional en el incipiente campo historiográfico uruguayo. Le indica a Pivel qué tipo de documentación buscar y con quiénes relacionarse.

⁴ Carta de Carlos Ferrés a Juan Pivel Devoto. Montevideo, 16 de agosto de 1932. AGNU, AJPD. C 321, c 1311, f 28.

⁵ Carta de Juan Pivel Devoto a Pablo Blanco Acevedo. Río de Janeiro, 13 de setiembre de 1934. APPBA, MHNCL. T 1325, f 119.

Los contactos de Pivel con historiadores veteranos revelan su denodada búsqueda por obtener un lugar entre los cultores de la historiografía patricia. El camino no fue fácil. Debió morigerar su ansiedad y sobreponerse a la frustración.

Paralelamente a sus esfuerzos por cimentar una reputación intelectual a nivel nacional, procuró proyectarse fuera de fronteras.

Durante la estancia carioca se vinculó con autores brasileños. Puso particular cuidado en proveerlos de bibliografía uruguaya. Hacía pedidos específicos a su corresponsal montevideano –Juan Enrique Kenny– destinados, por ejemplo, a Walter Alexander de Azevedo, Emilio Fernández Sousa Docca, Aurelio Porto, Tasso Frago, Afrânio de Melo Franco y Helio Lobo. Uno de los materiales más demandados era la *Revista del IHGU*. Con el único que mantuvo un contacto que se prolongó en el tiempo fue con Walter Alexander de Azevedo.⁶

Los contactos con los investigadores argentinos fueron muy fluidos –especialmente luego de su participación en el II Congreso Internacional de Historia de América (1937)–. Con la mayoría estableció vínculos exclusivamente profesionales y con algunos creó lazos de amistad (Guillermo Furlong Cardiff, Enrique Barba, Ricardo Caillet-Bois).

Su pertenencia al IHGU le brindaba una cobertura relacional amplia. Enrique de Gandía, uno de los referentes más jóvenes de la Junta de Historia y Numismática Americana, le envió las direcciones de los académicos de número y correspondientes de la corporación con el propósito de que les remitiera periódicamente las publicaciones del Instituto.⁷

Actuó, además, como “agente editor” en Montevideo de los autores extranjeros que desearan publicar en la *Revista del Instituto Histórico y Geográfico* (uno de los casos más notorios fue el de Roberto Marfany).

El vínculo con el P. Guillermo Furlong fue muy fuerte. Los indicios sugieren que la relación trascendió la amistad y alcanzó planos de carácter espiritual.

El sacerdote argentino abandonó Montevideo en 1935 para radicarse en Buenos Aires. Había conocido a Pivel en 1930. Las misivas de Furlong tienen un tono paternal. Pivel se quejaba porque estaba siempre “sirviendo a todo el mundo y no hallando quien le

⁶ Walter Alexander de Azevedo, un diletante del pasando –bibliófilo y documentalista, conocedor profundo de la historia del Brasil y de sus relaciones con las repúblicas platenses– que ni siquiera integró el IHGB. La relación se hizo muy estrecha a partir de 1940 y estuvo basada en el intercambio heurístico.

⁷ Carta de Enrique de Gandía a Juan Pivel Devoto. Buenos Aires, 14 de julio de 1938. AGNU. AJPD. C 321, c 1317, f 80.

alargue la mano”.⁸ El panorama de su vida aparecía cargado de “nubes negras”.⁹ El sacerdote lo aconsejaba:

“[...] no se impaciente. También yo fracasé en relación a Ud. Le propuse al actual rector de Colegio para que le tomara por mi sucesor, pero él escogió al Dr. Gamio y al Sr. Boix. Espero, no obstante, que algún día, y próximo, tenga Ud. allí algunas cátedras. [...] Espere un poquito más Sr. Pivel, tome algo del eterno optimismo del Dr. B. Caviglia o del P. Sallaberry y ánimo, ánimo, ánimo. [...] Por otra parte no es un *out cast* quien como Ud. ha tenido la suerte de publicar tantas lucubraciones y tan apreciadas.

"No temo su decaimiento moral, pues conozco la fortaleza de su espíritu, pero temo su decaimiento físico. No se cargue de trabajo [...] y no se deje aplastar por la chatura del ambiente”.¹⁰

La relación establecida con el "Gordo Barba" –como cariñosamente lo evocaba– fue muy estrecha. El platense estaba interesado en libros, documentos y referencias sobre la historia de Uruguay y de Brasil.

Cuando se cerraba la década de 1930, Pivel tenía un sólido prestigio en Uruguay y gozaba de buena reputación entre la mayoría de los historiadores bonaerenses. Puso particular cuidado de satisfacer los pedidos heurísticos y atender las recomendaciones de agentes hegemónicos de la historiografía nacional y regional. Se trataba de una conducta estratégica que practicó de manera persistente en esa década. Eran nexos simbióticos que se retroalimentaban a través de colaboraciones heurísticas, de invitaciones mutuas para concurrir a eventos académicos o para participar en emprendimientos editoriales. Al amparo de los mismos pudo proyectar su labor y ubicarse en una situación expectante que lo catapultaría a la dirección del Museo Histórico Nacional (en adelante MHN) (1940).

Consolidación profesional y “consagración” internacional (décadas de 1940-1950)

⁸ Carta de Guillermo Furlong Cardiff a Juan Pivel Devoto. Buenos Aires, 7 de abril de 1935. AGNU, AJPD. C 321, c 1313, f 20.

⁹ Carta de Guillermo Furlong Cardiff a Juan Pivel Devoto. Buenos Aires, 16 de agosto de 1935. AGNU. AJPD. C 321, c 1314, f 15.

¹⁰ Carta de Guillermo Furlong Cardiff a Juan Pivel Devoto. Buenos Aires, 16 de agosto de 1935. AGNU. AJPD. C 321, c 1314, f 15.

En 1940 comenzó un período de expansión profesional en la vida de Pivel que se extendió hasta 1959. Publicó algunos trabajos que se transformarían en obras canónicas: *Historia de los partidos políticos en Uruguay* (dos volúmenes, 1942-1943), *Historia de la República Oriental del Uruguay (1830 – 1930)* (en coautoría con su esposa, Alcira Ranieri, 1945), un texto poco conocido –síntesis de los dos mencionados– denominado *Uruguay independiente* (tomo XXI de la *Historia de América y de los pueblos americanos*, dirigida por Antonio Ballesteros Beretta, 1949) y *Raíces coloniales de la Revolución Oriental de 1811* (1952).

Además, promovió la publicación de *La Revista Histórica*, el *Archivo Artigas* y la *Colección de Clásicos Uruguayos*.

La dirección del Museo ubicó a Pivel en un sitio de preeminencia. Su correspondencia se formalizó e institucionalizó, incluso la intercambiada con sus amigos más íntimos. La celeridad con que contestaba a sus corresponsales se ralentizó.

Son frecuentes los reclamos de acuse de recibo por parte de colegas del exterior. Carlos Heras, por ejemplo, expresaba con satisfacción –en un tono entre amistoso e irónico–: “desde hoy me considero un privilegiado mortal a quien Ud. se ha dignado contestar sus cartas”.¹¹ Ricardo Caillet-Bois, por su parte, le reprochó amistosamente su posma epistolar: “Está visto que obtener respuesta de su parte es tan difícil como querer llegar a la luna en un cohete que aún no se ha fabricado”.¹²

También se desvanecen progresivamente las comunicaciones que mostraran familiaridad. Las misivas conservadas muestran que sólo en ocasiones especiales se permitía manifestar de manera explícita sus sentimientos.

Enrique Barba fue uno de los más asiduos corresponsales de Pivel. Los gestos de deferencia mutua fueron abundantes, en especial invitaciones cruzadas para publicar textos originales en revistas de los dos países o la organización de los aspectos "logísticos" cuando Barba visitaba Montevideo o cuando Pivel hacía lo propio en Buenos Aires.

Los pocos historiadores brasileños de prestigio con los cuales Pivel mantuvo contactos esporádicos fueron Walter Spalding y Aurelio Porto. Con ambos procuró establecer relaciones interinstitucionales que favorecieran el canje editorial. Se registran también solicitudes bibliográficas de autores de menor trascendencia, o de simples gestores

¹¹ Carta de Carlos Heras a Juan Pivel Devoto. La Plata, 23 de agosto de 1962. AGNU. AJP. C 327, c 1341, f 100.

¹² Carta de Ricardo Caillet-Bois a Juan Pivel Devoto. Buenos Aires, 2 de octubre de 1952. AGNU. AJP. C 324, c 1331.

culturales, como Christovam Leite de Castro o José Pinto. Solo con Walter Alexander de Azevedo mantuvo una relación cordial y perdurable.

Los contactos de Pivel con historiadores paraguayos aumentaron significativamente. En su epistolario se registra un fluido intercambio, en el que predominan los tópicos de carácter heurístico, con intelectuales como Antonio Ramos, Efraím Cardozo y Julio César Chaves.

Las tramas vinculares resultaron fundamentales para generar acuerdos epistémicos y metodológicos que contribuyeron a transformar las prácticas.

El consenso más trascendente fue de carácter metodológico. Se puede entrever, por ejemplo, en una misiva remitida por Emilio Ravignani¹³ en la que plantea, con un inocultable tono positivista, que para realizar cualquier investigación era necesario reunir la mayor cantidad posible de fuentes y proceder de acuerdo a las “normas científicas” y sin “emitir juicios”. El rigor técnico se transformó en pauta excluyente de la labor historiográfica.

Ricardo Caillet-Bois escribió una carta a Pivel en 1954 en la que, luego de acusar recibo de “una montaña de publicaciones”¹⁴, realizó una serie de comentarios sobre la *Bibliografía de Artigas* de Ma. Julia Arado y Aurora Capillas de Castellanos. Destaca que además de ser un trabajo

“completísimo, reúne las otras exigencias a saber: precisión y método. Felicito a usted por haber llevado a buen puerto esa excelente herramienta de trabajo.

“En verdad he quedado asombrado. No porque desconozca o ignore la fuerza de la moderna escuela histórica uruguaya –de la cual es usted el más capacitado representante–, sino porque sus últimos frutos dicen bien a las claras el adelanto alcanzado y el interés despertado en la juventud estudiosa”.¹⁵

Las tramas vinculares dan cuenta de variedad de consensos establecidos entre los autores mediante sendos acuerdos de carácter privado que eran desconocidos por los lectores coetáneos.¹⁶ Desde este punto de vista, las redes adquirirían el carácter de ágoras

¹³ Carta de Emilio Ravignani a Juan Pivel Devoto, Buenos Aires, 24 de setiembre de 1934. AGNU. CJP.D. Caja 321, Carpeta 1313.

¹⁴ Carta de Ricardo Caillet-Bois a Juan Pivel Devoto. Buenos Aires, 14 de enero de 1954. AGNU. AJP.D. C 324, c 1333, f 8.

¹⁵ Ibid.

¹⁶ Es el caso, por ejemplo de un acuerdo entre Pivel y Efraím Cardozo sobre asuntos vinculados con los orígenes de la Guerra de la Triple Alianza, en 1941, relacionado con la edición del volumen compartido sobre las independencias de Paraguay y Uruguay.

virtuales, ámbitos en los que se producían infinitos intercambios y se acordaban conceptos y prácticas.

Paulatinamente se impusieron criterios epistemológicos renovadores. La comprensión cabal del pasado comenzó a requerir: a) de enfoques interdisciplinarios; b) de la superación de la perspectiva biográfica –o del “criterio del gran personaje”– en aras de incorporar actores colectivos como protagonistas del devenir; c) del abordaje de temas y problemas de carácter social, económico y cultural que desplazaron a los tradicionales enfoques políticos y militares.

Estas convicciones se perfilan en una serie de reflexiones de Emilio Ravignani, formuladas en una misiva enviada a Pivel con motivo de acusar recibo de la *Historia de la República Oriental del Uruguay (1839-1930)*:

“Por el interés que tiene para mis estudios y mi docencia la he revisado de inmediato, advirtiendo el gran esfuerzo de sistematización basado en las fuentes esenciales de los procesos. [...]

"Aunque ya conocía su *Historia de los partidos políticos*, [...] [el] libro [...] me ha resultado de gran utilidad para aprender. El estudio del aspecto cultural le da a su Historia el carácter moderno, vale decir de valoración de todos los elementos que explican la evolución de un pueblo como civilización. Felicito tanto a Ud. como a su colaboradora por tan noble y ponderable labor”.¹⁷

Es interesante destacar el énfasis puesto en el “aspecto cultural” de la historia oriental, es decir sobre la evolución de las artes plásticas, las letras, las ciencias, la imprenta y las instituciones. Se trata de asuntos relacionados, en cierta forma, con la mentalidad e identidad colectiva de los uruguayos. Eran temas propios de la antropología cultural que concitaban, conjuntamente con los estudios sobre la historia de las civilizaciones, el interés de los autores de la época y que se expresaban, entre otros tantos emergentes, en: a) las publicaciones realizadas por historiadores argentinos y brasileños en el marco de los convenios firmados por sus respectivos gobiernos; b) la febril actividad de los “intérpretes de Brasil”; c) en el magisterio de Fernand Braudel en la Universidad de San Pablo.

¹⁷ Carta de Emilio Ravignani a Juan Pivel Devoto. Buenos Aires, 25 de junio de 1945. AGNU. CJPD. Caja 323, Carpeta 1324.

Los esbozos de la tendencia a la interdisciplinariedad –que por cierto no sería la línea que seguiría Pivel– se aprecian en diversas cartas remitidas por Sergio Bagú¹⁸ y por Ricardo Zorraquín Becú.¹⁹

No es posible culminar el análisis de los circuitos de intercambio historiográfico sin referirnos a un fenómeno que no por viejo deja de ser relevante en este período de definición de los campos historiográficos naciones: el rol de los libreros y de las librerías especializadas, en cuanto agentes y nodos dinamizadores de la circulación de bibliografía e insumos heurísticos entre los miembros de las redes. Se trataba de empresas que desempeñaron una acción cultural muy importante que trascendía su dimensión comercial.

En el marco de las tramas vinculares de Pivel, la “Librería del Plata”, establecida en Buenos Aires, desempeñó una función trascendente. Uno de sus referentes, el bibliófilo Antonio Monzón, fue el librero por excelencia de Pivel en Buenos Aires. Gracias a sus gestiones el uruguayo se aseguraba la difusión y venta –tanto en Argentina como en el resto del continente– de sus publicaciones personales y las de las entidades con las que estaba vinculado (MHN, Comisión Nacional del Archivo Artigas). Monzón lo mantenía informado de los pormenores de la historiografía argentina, de la venta de sus obras y de contratar copistas encargados de reproducir los documentos solicitados por Pivel en repositorios bonaerenses.

No todo fue armonía en el ecosistema historiográfico platense. Existieron además, interacciones de competencia entre agentes o sistemas de agentes que pujaban por los recursos necesarios para lograr la hegemonía en el campo. Las pugnas fueron diversas y variopintas. Pivel fue uno de los principales contendientes en procura del monopolio institucional e interpretativo sobre versiones divergentes de la historia nacional.

La implementación de la Licenciatura en Historia y la creación del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República, generaron encendidas polémicas que fueron avivadas por los furros políticos e ideológicos en pugna en el Uruguay de entonces. Carlos Zubillaga ha realizado un minucioso estudio sobre estos asuntos, en *Historia e historiadores en el Uruguay del siglo XX*, en el contexto de lo que denomina "comunidades historiográficas".

¹⁸ Bagú le aseguraba a Pivel en una misiva de 1956, luego de acusar recibo de su opúsculo sobre “Las ideas constitucionales del Dr. Ellauri”, que este le sería “de utilidad para un tomo sobre el pensamiento económico de Rivadavia y sus colaboradores, que estoy preparando para la colección económica de Raigal” (Carta de Sergio Bagú a Juan Pivel Devoto. Mar del Plata, 6 de abril de 1956. AGNU. AJPD. C 325, c 1337, f 32).

¹⁹ Zorraquín da pistas sobre la generalización de la práctica de una nueva historia que se imponería en la década de 1960 y que requería, entre otros aportes, del concurso de técnicas y conceptos propios de la Economía (Cf.: carta de Ricardo Zorraquín Becú a Juan Pivel Devoto. Buenos Aires, 7 de febrero de 1941. AGNU, AJPD. C 322, c 1320, f 15).

Por estas razones –y aunque el epistolario brinda información relevante– no voy a profundizar en el asunto. Solo recordar que en la década de 1950 tres nucleamientos protagonizarían las disputas por preeminencia en la gestión del pretérito: el “grupo de Pivel” –abroquelado en el MHN, con influencia en la CNAA y, a partir de 1949, en el naciente Instituto de Profesores Artigas–, los “renovadores” de la FHC y los representantes de la tendencia más tradicional alojados en el IHGU.

Estos alineamientos generaron en la década de 1950, importantes pugnas por recursos y acalorados debates teórico-metodológicos que se agudizarían en la de 1960.

El segundo lustro de la década de 1950 constituye un punto de inflexión de la historiografía de los países de la región platense. La titulación se convirtió en requisito de legitimación profesional. Las primeras promociones de egresados de los centros superiores de formación impulsaron la imposición de paradigmas disruptivos y contribuyeron a transformar las prácticas.

Conclusión

Las historiografías de los Estados de la Cuenca del Plata han estado vinculados, desde el siglo XIX, por circuitos de relacionamiento e intercambio que se articularon, fundamentalmente, a través de redes epistolares. Este fenómeno favoreció, en la etapa de configuración de los campos historiográficos nacionales (décadas de 1930 a 1950), la generación de los consensos necesarios entre los historiadores quienes propiciaron el surgimiento de paradigmas disruptivos.

Pivel fue uno de los “epicentros” historiográficos de la época. El examen de su epistolario permite reconstruir la evolución de las tramas relacionales establecidas con sus colegas. Hasta 1940 tuvieron carácter privado e informal, lo que las ubican en la tradición decimonónica. A partir de su nombramiento como director del MHN cambió notoriamente la naturaleza de las comunicaciones.

Pivel adquirió legitimación epistemológica y pudo ejercer un peso funcional importante. El nuevo estatus impuso un cambio en el tono de la correspondencia, más formal y oficial. Su pluma adquirió un estilo sentencioso. Exponía sus ideas con la “autoridad” propia de quien administraba un “capital” –económico, intelectual, teórico– del que muchos querían beneficiarse.

La revisión de su trayectoria, durante el período de referencia, ilustra sobre las estrategias implementadas por los historiadores de la época para consolidar espacios personales de significación.

A través de las fuentes epistolares se procuró rescatar el itinerario de Pivel, un “salesiano del conocimiento” que con humildad, tenacidad y perseverancia se construyó a sí mismo y contribuyó como pocos al desarrollo de la historiografía nacional.

Abreviaturas utilizadas

AGNU: Archivo General de la Nación (Uruguay)

C: Caja

c: Carpeta

CAA: Colección Alberto Palomeque

AJPD: Archivo Juan Pivel Devoto

f: foja

MHNCL: Museo Histórico Nacional. Casa de Lavalleja

Referencias bibliográficas

AGUIRRE, Gonzalo, "Pivel Devoto: los personajes que conocí y la historia del país", en *La Razón*, Montevideo, nro. 1, 23 de octubre de 1986.

CABANILLA, Sandra - GUTIÉRREZ, Marcos, *Pivel Devoto, el hombre del sombrero gris*, en *Posdata*, Montevideo, nro. 129, 28 de febrero de 1997, pp. 70-80.

CAETANO, Gerardo, "Juan Pivel Devoto. Un protagonista de la Historia", en *El Historiador*, <https://www.elhistoriador.com.ar/juan-e-pivel-devoto/> [consultado el 4 de febrero de 2018].

REAL DE AZUA, Carlos, "El Uruguay como reflexión (I y II)", en *Capítulo Oriental*, nros. 36-37, Montevideo, 1969.

RIBEIRO, Ana, *Historia e historiadores nacionales (1940-1990)*, Montevideo, Ediciones de la Plaza, 1991.

SANSÓN CORBO, Tomás, *El adiós a los grandes maestros. Juan Pivel Devoto y la Historia en América en las décadas definitorias (1930-1950)*, Montevideo, Archivo General de la Nación, 2019.

VIDAURRETA, Alicia, *Conversaciones con Juan E. Pivel Devoto*, Montevideo, Ediciones de la Plaza, 2001.

ZUBILLAGA, Carlos, *Historia e historiadores en el Uruguay del siglo XX*, Montevideo, Librería de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2002.